

LA ILUSTRACION FLAMENCA

Los «geres» por las esquinas, con velones y jarol, en voz alta se decían: matadlo que es «calorró».

(Toná popular.)

CON esta pretenciosa expresión queremos decir, simplemente, que nuestra revista abre un espacio dedicado a los temas flamencos. No vamos a ilustrar al verdadero aficionado, en todo caso podremos informarle de lo que va ocurriendo: recitales, publicaciones, festivales, grabaciones..., etcétera.

Cuando se inicia una colaboración periódica, en un campo tan apasionante como el del flamenco, lo primero que uno se plantea es el método a seguir para que la sección sea actual y a ser posible objetiva. Por ello hoy, a modo de presentación creo imprescindible dar a conocer los puntos de vista y los criterios con los que me atreveré a enjuiciar el panorama actual del flamenco.

En esta sección colaboraremos algunos miembros de una «peña» flamenca antigua y poco importante: Paco Lira, Juan Moyano, Antonio Luque... y algunos más que se irán decidiendo poco a poco.

Por lo que a mí respecta quiero ser claro desde el principio: en flamenco, entre payos y gitanos me quedo siempre con los gitanos, dejando siempre el sitio que le corresponde a las figuras indiscutibles como Paco de Lucía... Y entre los flamencos, me quedo siempre con los creadores, antes que con los recreadores. Aquí es obligado pararse y decir que, para una amplísima escuela de aficionados, el flamenco tuvo su época, y que a los intérpretes actuales les corresponde la misión de reproducir los estilos del «Siglo de Oro» del flamenco. Esta afirmación encierra su parte de verdad, la de que el flamenco nació y se desarrolló en un contexto cultural y sociológico muy definido, y por ello las letras —testimonio de unas motivaciones individuales o colectivas— nos hablan de una problemática en parte superada.

Frente a esta opinión, respetando la ingente labor recopiladora de cantes gitanos que debemos a Antonio Mairena, creo que el flamenco está vivo y que goza de una excelente salud. Lo único que pasa es que nos falta perspectiva para enjuiciar

y valorar debidamente a los **fenómenos** contemporáneos. Pero que nadie lo dude: en nuestra época y en este preciso momento, ya existen y están dando su testimonio de cante, baile y toque, los flamenquitos que han de enterrar a la escuela de investigación histórica.

Sólo falta el olor a alcanfor

Con razón se preguntarán: ¿Dónde están estas figuras?... En el flamenco siguiendo la tónica del panorama nacional ya hay toda una generación que se ha establecido en el poder, que canta como **mandan los cánones** (no sabemos cuáles), y que se resiste a dar paso a los heterodoxos.

Ellos controlan los festivales, los tablaos y, en parte, las casas grabadoras; y digo en parte porque precisamente por ahí les llega el enemigo. Quien haya tenido la afición —y la paciencia— de hacer un verano la ruta de los Festivales, habrá podido comprobar como se repiten los cantaores, los guitarristas... y no digamos la representación del baile en su versión paya. Pero es que también se repiten los estilos, las letras, las falsetas y hasta los gestos ampulosos de un baile que tuvo su época y sus intérpretes.

A estas alturas ya alguien habrá pensado que el flamenco nunca debió salir de su medio natural: las comunidades gitanas de Sevilla y Cádiz. No tengo respuesta para ese argumento, sólo puedo decir que el que no ha vivido la fiesta gitana (la boda, el bautizo, la Nochebuena) difícilmente podrá entender lo que se canta en un escenario o se graba en un disco.

Y ahora explicaré el por qué de mi tajante afirmación hecha en la introducción acerca de la elección

entre gitanos y payos, creadores y recreadores.

El tema gitano-payo debe ser tan antiguo como la afición al flamenco. Hoy, al parecer, casi todos estamos de acuerdo en que el flamenco, tal y como se haya estructurado en la actualidad, se cantaba a finales del siglo XVIII entre los gitanos de Triana, Jerez y Cádiz. Gitanos eran Tío Luis el de la Juliana, El Planeta y el Fillo, primeros cantaores míticos que nos han legado su música por tradición oral. Más tarde, al pasar el flamenco a los cafés cantantes se va amoldando a la estética musical del payo de tradición formalistas, y triunfan los ruseñores blancos: Chacón (Don Antonio, él), Juan Breva, Vallejo, Silverio... etc., y con ellos los estilos musicales y ligeros de Málaga, Granada y Levante.

Pero aquella época y aquella estética han pasado y hoy existe un marcado interés por los ritmos gitanos: soleá, seguiriya, bulerías y tangos. Por eso la balanza tiende a inclinarse del lado moreno, del de Chocolate, Fernanda, Terremoto, Lebrijano, Tomasa, Camarón, Carmen Montoya, La Negra, Mairena..., etcétera. ¿Del otro lado? La admirable afición de Fosforito, el bulo político de Menese para la cultura madrileña, los **cantes de fábrica** de Manuel Gerena, lo que bailaba Matilde Coral por el año sesenta y tantos... y el estirón que le ha dado al diapasón Paco de Lucía.

También aclararé mi actitud ante el binomio **creador-recreador**. En el primer número de esta revista hablaba del mairenismo. No puede dudarse de la valiosa aportación de Antonio Mairena como investigador y como intérprete de cantes olvidados. En esta línea han seguido casi todos los contemporáneos y, por eso, hoy tenemos la impresión de que en el flamenco está todo dicho. Sin embargo, el espíritu de renovación ha tomado tal cuerpo entre los jóvenes que se ha convertido en algo obsesivo.

Ricardo PACHON